

**Cuentos de Selva adentro
y de Selva
Afuera**

Miguel Guape

PROLOGO

Tal vez, muchos hombres y mujeres de nuestra generación, se verán identificados en estos CUENTOS DE SELVA ADENTRO Y DE SELVA AFUERA.

Y es que el autor, como hombre-árbol, se nutre de la madre tierra para expresar en sus frutos literarios, aquellos momentos lejanos que vivimos con el crecer de nuestro poblado, como los caramacates, en la orilla del río, recuerdos tan lejanos que nos llevan hasta la célebre frase de Calderón de la Barca, “la vida es sueño”. Pero también, como lo expresa Marambio, uno de sus personajes: ¡Al fin y al cabo la vida es una sola! Sí, es única y particular, tan especial y milagrosa que lo menos que puede hacer alguien que haya vivido intensamente como Miguel Guape, es legar su capacidad creadora a la juventud, a la posteridad. Así lo ha hecho él recurriendo a la literatura y, con constancia y dedicación, vierte su capacidad en estos entretenidos y poéticos cuentos. En ellos, Miguel nos pasea por muchos escenarios de la hermosa, exuberante y misteriosa selva amazonense, a la cual conoce intrínsecamente, detallándonos la actuación del ser amazonense, sus virtudes, sus defectos, su picardía y también su sumisión ancestral, personajes inolvidables que, gracias a las anotaciones de este cronista natural, serán recordados como pioneros de la doma de la selva agreste. Y para rematar con broche de oro, el autor no olvida reseñar hechos históricos y actuales que determinan el devenir de la comunidad. En estos Cuentos el tiempo se desplaza como en un espiral: va lejos y regresa, va y viene al vaivén con que le impulsa la fuerza incógnita de la selva.

Desde su primera obra “El Camajayero y otros Viajes Imaginarios”, muchas letras han escapado del bolígrafo (o computador) de Miguel Guape y

es perceptible el cambio que se nota, había comenzado narrando sus vivencias y ahora las combina con las mundología de todo un pueblo, de la tierra que lo vio nacer y crecer. En CUENTOS DE SELVA ADENTRO Y DE SELVA AFUERA, el autor no solo recurre a protagonistas humanos sino que, extrayéndolos de la misma selva, incrusta personajes que compiten con los humanos en la complejidad de sentimientos y compenetración con la naturaleza (Atrapado sin Salida)

Me atrevo a considerar, modestia aparte, que el pariente Guape hace un aporte preciso y precioso a la incipiente literatura autóctona al introducir en “El Autista” algunos elementos inusuales en los noveles escritores amazonenses, elementos que se apartan de los clásicos y se acerca a la escritura de vanguardia. Se deja llevar por el influjo de Jorge Luis Borges y toma distancia de Horacio Quiroga, para convertirse finalmente en un narrador con autenticidad amazonense.

No puedo dejar pasar la oportunidad de mencionar que el autor, cuya formación académica fue netamente científica y técnica, merece mi admiración como paisano y colega al incursionar por la trocha literaria que muy bien podía influenciar en nuestra colectividad, tanto como sus buenos proyectos de ingeniería. Así también agradezco su gentileza de invitarme a prologar su obra, lo cual me permite expresar estas sinceras manifestaciones de solidaridad y amistad.

Arq. Néstor Rafael González M.

TODOS SOMOS DE LA MISMA TRIBU.

El primer español que vi en mi vida y en Puerto Ayacucho fue “el niño de Triana”, allá por los finales de los años 50 y comienzo de los 60. En realidad así se autonombaba (nunca supe su verdadero nombre) y, como todo buen sevillano que se respete era, además de ocurrente, torero, “cantaor”, “bailaor” y... gitano, tanto en su joven comportamiento de edad sin importancia como en parecido. En esos lejanos años no sabía donde quedaba España, menos Sevilla y mucho menos Triana y tampoco sabía que en realidad existía. Este personaje no dejaba de ser algo pintoresco y fuera de lo común en el Ayacucho aldeano de esos tiempos. Era jugador de fútbol y formada parte de un equipo de lo más variopinto y un sin fin de nacionalidades venidos de otras tierras, aventureros todos, utilizando los vapores de entonces, porque carretera no había: el sastre italiano Garófalo que, como vino desapareció; el otro italiano Livio al cual el pueblo bautizó enseguida como “el piapoco” debido a su alongada nariz y que se enamoró enseguida de nuestra tierra y dejó descendencia; “el negrito ferro” (Antonio Ferreira), que vino de Brasil y solamente nos abandonó porque se murió de viejo. Participó en la expedición a las fuentes del Orinoco, siendo aun un adolescente.

Los árabes todavía no habían llegado. Todo nos conocíamos y éramos camaradas en las famosas “caimaneras” futbolísticas de la época. El “niño” era un personaje muy singular y siempre los más pequeños le hacíamos rueda en sus cuentos y chistes (para nosotros fantásticos) de su lejana España. Tampoco era ajeno a otros oficios con tal de ganarse el escaso pan de entonces y no era raro ver al “niño” vender una especie de hamburguesa a las cinco de la mañana en diciembre en las misas de aguinaldo, que era, además de las películas del Cine Continental, las únicas diversiones del pueblo, fuera de los cumpleaños y parrandas aniversarias, donde todos participábamos, generalmente coleados.

Cuando salía la misa a las seis de la mañana, era el momento de las aventuras: a veces nos íbamos de expedición al cerro Perico, solamente para ver salir el sol; otras, arreglábamos las cuentas pendientes, como la vez que “el mono” Nelson Blanco, llegó ya zagaletón de vacaciones de tanto estudiar en Caracas

para técnico industrial y le contamos que “el policía Relancino” nos iba a sacar a cuerazos de nuestro hábitat consuetudinario, que eran los baños en las playas del Orinoco.

- ¡Pues búsqüenlo para arreglar esta vaina! – nos dijo a los más pequeños, que enseguida fuimos a hacer el mandado.

Vino el policía y nos fuimos todos con retador y retado a dirimir diferencias. Relancino se quitó el arma: sobraba para defender el prestigio. En las cercanías hicimos la rueda y enseguida comenzó el combate a puño limpio. El careo era parejo: Relancino se estaba jugando su autoridad y “el mono Blanco” nuestra suerte de eternos defenestrados. Pero la juventud del “mono” inexorablemente se iba imponiendo y primero Relancino comenzó a recular, para luego emprender veloz carrera, con la turba nuestra de muchachos atrás, gritándole:

- ¡Párate Relancino cobarde!

Desde esa vez “el mono” pasó a ser nuestro héroe y Relancino continuó siendo el villano, pero desprestigiado y pudimos continuar bañándonos en el Orinoco sin ser molestados.

Antes la vida era más deportiva y llevadera. Ahora cuando pelean es un grupo contra otro y, lo peor, con objetos contundentes. Parece una segunda guerra mundial, con saldo de heridos y contusos. En nuestra lejana y aldeana población de quizás 1.000 o 2.000 casas, las cosas ocurrían, pero todo era dentro del sentido caballeresco. Las diferencias eran arregladas a puñetazos, pero dentro de reglas civilizadas. A la salida de la misa, donde se reunía todo el mundo, era el momento indicado para los arreglos (in)amistosos. Nuestras diferencias eran siempre con la policía, porque nos reprimían nuestra costumbre de bañarnos en el río o de colearnos en las fiestas de la vecindad, siendo menores de edad. Es así que el reto antagonista siempre estaba presente:

- ¡Esta noche cumple año y hay fiesta donde María Antonia y estaremos allá y anda a sacarnos! – le gritaba retador nuestro gallo fino - “el negro Ojeda” - al policía Rincones y sus aliados, también policías.

Pues esa noche allá estábamos todos, policías o no, a la fiesta y a la pelea. El campo de batalla era cualquier lugar despoblado cercano, para no molestar a

los demás invitados. Y comenzaba la pelea del más peleador de los policías contra el mejor peleador de “los estudiantes”. Las armas letales, como los revólveres de la policía estaban prohibidas en el lance y, previamente, las ponían las autoridades a buen resguardo. Y más nadie se metía y todos los demás éramos unos simples observadores que hacíamos la rueda, hasta que todo concluía y algún bando se sentía ganador o perdedor. Pero la revancha sería con toda seguridad en la próxima fiesta.

El reto deportivo, además del fútbol, era el eterno reto en voleibol entre el Asilo Pio XI y la Guardia Nacional. Nuestro equipo era imbatible y el prestigio de nuestros rematadores de entonces aun hoy se conserva: Carlos Julio Rodríguez y su hermano Pindaré eran nuestros abanderados. Cuando salían a jugar contra los contrarios no nos dejaban ir y teníamos que seguir las acciones desde lejos, recostados de la alambrada que cercaba el Asilo. ¡Ahí se jugaba nuestra suerte y prestigio y nosotros tan lejos! Ni la Biblioteca ni el edificio de la antigua Gobernación y posterior Instituto Agrario Nacional existían y todo era un solo campo abierto que nos separaba de nuestros héroes en acción. La cerca del edificio de la Guardia tampoco existía y nuestras ansias y vicisitudes volaban de lado a lado, en apoyo a nuestro bando.

- ¡Es el punto final y remató Pindaré! ¿Caería bien la pelota en campo ganador? ¿Ganamos? ¿Perdimos? ¡De aquí no se puede ver! – era el comentario obligado y nuestras aprehensiones se multiplicaban. Teníamos que esperar el regreso de nuestros jugadores: ¡GANAMOS! Y esa tarde los comentarios y elucubraciones nos envolvían: nos sentíamos los reyes del mundo.

En esos tiempos no existían en Puerto Ayacucho teléfonos, televisión o carreteras y los aviones DC 3 venían una vez a la semana, los miércoles. El mundial de fútbol de Chile solamente lo oímos por radio y ¡como lo gozábamos! Como si lo estuviésemos viendo en una pantalla gigante.

Fue en esos tiempos que “el niño” nos habló por primera vez de una corrida de toros. No podíamos imaginarnos semejante cosa y, para de una vez por todas despejar las dudas, decidió hacer una. Haría la alternativa con nuestros intrépidos coterráneos que habían estudiado el toreo viendo las revistas. Era la primera vez

en su historia que Puerto Ayacucho se vestía de luces. Por el ruedo no hubo problemas: con costaneras del aserradero de los curas en Coromoto bastaría para fabricar una barrera; por el toro, en ausencia de tal, bastaría una vaquilla macilenta de los Maniglia para satisfacer las ansias de nuestro indómito “mataor”; de la venta de entradas nadie se ocupó, porque serían gratuitas, con tal de ver las destrezas de los primeros verdaderos matadores de toros del Amazonas.

Empezó el espectáculo de nuestros héroes toreros en el descampado de entonces, donde actualmente está la Urbanización Andrés Eloy Blanco, antiguos sabanales, que también servían de cancha de fútbol. Primero fue el local que se lució con la vaquilla. Los presentes aplaudíamos a la vista de tanto valor y destreza de nuestro torero. Ahora le tocó el turno al “niño de Triana”, la estrella de la corrida, quien con una franela de Casuarito que era como una tela acolchada como la de un paño para secarse después del baño y un Blue Jean, como traje de luces, enfrentó la vaquilla. Pero ésta, quizás debido al cansancio, no quería embestir más, haciendo deslucir al torero. Nosotros gritábamos aupando a cada contendiente, pero nada. El “niño” se cansó de esperar y le dio la espalda a la vaquilla en señal de despedida y, sería debido al merecido descanso del animal, embistió por última vez, enganchando al torero por la franela de paño, lo alzó en vilo y lanzó hacia arriba, para caer nuestro héroe otra vez enganchado por la franela en las astas del animal, sin romperse la franela. Es la mejor propaganda que he visto sobre la calidad de una franela.

Los otros toreros y ayudantes corrieron a salvar a nuestro héroe en apuros. Todo terminó en un buen susto. Y los amazonenses vimos por primera vez una verdadera corrida de toros - vaquillas - gracias al primer español que, en mi caso, había visto en mi vida. Años después supe que nuestro valiente torero estaba por los lados de La Urbana y había sido maltratado y puesto preso sin ninguna necesidad. Sentí pena y tristeza por su suerte, pues gracias a él había aprendido que el toreo y los españoles existían.

Tiempos después vinieron otros verdaderos toreros que se quedaron en nuestra tierra, como El Macareno que, entre sus hazañas fundó la Taberna del Toro, bar aun existente y tuve la oportunidad de conocer tanto el bar como sus

orígenes en la plaza de toros de Guatavita, cerca de Bogotá. Me mostró su arte milenario desde el centro del ruedo, con los pases y verónicas de sus comienzos y con un toro ahora imaginario y donde yo era el único espectador y aplaudía a rabiar, como lo aplaudían miles antes, en sus comienzos, los fanáticos enardecidos.

Y muchos años después de estos hechos estudié en la Universidad del Zulia en Maracaibo, ciudad donde nunca fui a una corrida de toros aun regalándome la entrada y sin embargo los amigos estudiantes y guasones maracuchos me llamaban “el niño de la Capea” (apodo heredado de la UCV, de donde provenía), en alusión a un famoso torero español de la época con tal apodo y a mis desaforadas parrandas y donde, además de las materias de ingeniería, aprendí qué era “la verga de Triana” (en Maracaibo, persona que se las sabe todas) y - ¡por fin! - supe que Triana de verdad existía y que quedaba en España.

Entonces valoré más al “niño de Triana” de nuestros comienzos y quien ya no era sino un lejano y alegre recuerdo de mi niñez. Y con el tiempo, también estuve en España y en Sevilla y en Triana y - ¡cosas de la vida! - a 500 años de la conquista y más de 50 de esta verdadera historia, han cambiado tanto las cosas, que ahora mi mujer es española y el indio y conquistador soy yo. En verdad, las tribus son siempre afines, no importa que una se encuentre en España o en Colombia y otra en Amazonas.

Puerto Ayacucho ha cambiado muchísimo. Pero a veces siento una especie de soñolencia, de esa en cuya penumbra se reflejan o reviven con alegría los recuerdos de una vida y de una ciudad que pasó.

¡SI QUIERES TE BOTO, MEMORIA!

¡Tremenda la decepción de Marambio! ¡Otra quincena más sin cobrar sus reales! Tendría que esperar de nuevo y de esa eterna espera y ese eterno desespero ya estaba cansado.

- ¡No joda! ¡Ustedes me van a pagar como sea! – apostrofó, antes de dar un portazo y salir de la sesión de Cámara donde trabajaba como Secretario, hecho una furia, rumbo al bar de Saqueo, donde tendría, con toda seguridad, que rogarle para que le fiara de nuevo. La cuenta era tan larga como su esperanza de cobro, pero primero la cerveza bien fría, para calmar la sed y la pena que lo embargaba. Se fue por ese rumbo a ahogar su pena y así de esa manera olvidar su desgracia. ¡Que más da! ¡Al fin y al cabo la vida es una sola!

Al entrar todos los parroquianos y también Saqueo lo reciben con una ovación, digna de un brindón.

- ¡Amigos, no me pagaron de nuevo! ¡Si Saqueo me sigue fiando, puedo brindarles! ¡Si no, nos jodimos todos! – anuncia Marambio con mas sed que nunca y con incontenibles ganas de ahogar sus penas.

¡Saqueo! ¡Saqueo! ¡Saqueo! – en coro y con aplausos sus amigos lo apoyan, dirigiéndose en cómplice trama al dueño del bar.

- Está bien, pero que sea ésta la última vez – dice Saqueo a todos los presentes. Antes de servir la primera ronda piensa: “Me madrugó de nuevo ese maldito. Pero es un buen cliente y estoy seguro que pagará. Y a estos gorreros y limpios, la alcaldía no les paga nunca. Y cuando les paga, ya deben todo al comercio, y aquí, sobre todo”. Marambio se sentó con sus amigos, bien dispuesto a la farra redentora de los sinsabores de la vida.

-¿Acaso es en serio que no te pagaron Marambio? ¡Cuidado con uno de tus chistes de mal gusto, que eres muy aficionado a ellos! – lo emplaza el Conde de Ratón.

- Mira hermano, por mis hijos que me dejaron limpio otra quincena más y fin de semana por más ñapa – responde el aludido, sin poder esconder su enojo, al tiempo que voltea su bolsillo vacío, en signo demostrativo de obligada austeridad.

- Ya lo suponía – añade resignado El Venturoso – a mí me pasa otro tanto y tengo que vivir, al igual que tú, del fiao y gorreando la cervecita todo el tiempo y escondiéndome de los deudores - termina.

- A todos los empleados de esta maldita Alcaldía nos pasa igual: no nos pagan porque falta la firma del alcalde, quien siempre anda de bonche en Caracas o en el exterior. Y esto nos pasa siempre los principios de año y siempre saca como excusa el nuevo presupuesto – expone El Sombrerúo, maquinando cualquier maldad, para compensar su rabia.

- Bueno, yo propongo que bebamos todos, aprovechar la gentileza de nuestro deudor del bar y mañana será otro día. ¡Salud amigos y bebamos otra ronda! – añade Marambio, rumbo a una rumba que terminará con el amanecer.

- ¡Saqueo! ¡Saqueo! ¡Saqueo! – repite el coro de parroquianos de nuevo, en búsqueda de la gracia del dueño del local.

La ronda de cerveza es servida, a unos consumidores cada vez mas alebrestados, que se enrumban hacia la negrura de la noche que comienza. Los comentarios van subiendo de tono y se vuelven cada vez más ácidos, hirientes y siempre en la búsqueda del culpable de aquella limpieza general.

El final nadie lo recuerda, pero el martes, día de reunión de Cámara ahí estaba de nuevo Marambio, siempre dispuesto a cumplir con su trabajo de Secretario. El Alcalde ahora sí estaba presente, después de una de sus tantas y largas ausencias. Empezó la sesión, con el Secretario como ponente de la sesión anterior. Marambio tomó aliento, carraspeo y con voz clara y sonante comenzó:

- Buenos días señor Alcalde. Tenga Ud. la mejor de las bienvenidas y con mucho gusto voy a leer las proposiciones y acuerdos de la sesión anterior, cuando Ud. estaba ausente. Pero antes déjeme decirle que hemos tomado una decisión en cámara lenta y no en ésta por cierto y yo soy el encargado de hacérsela llegar: si Ud. no nos paga y empezando por mí, me voy con estos libros de actas de sesión bajo el brazo y los voy a tirar al Orinoco ¡He dicho!

Dicho esto, Marambio tomó los libros empastados bajo el brazo y salió, ante el estupor de Concejales y Alcalde, rumbo al puerto del río Orinoco.

El alcalde fue el primero en reaccionar:

- ¡Concejales de la Cámara en conjunto! ¡Corran todos detrás de ese loco que es capaz de tirar de verdad los libros de acta al río! ¡Díganle que aquí está su cheque!

Sale el tropel, incluido el Alcalde, corriendo detrás de Marambio, quien raudo, se dirige al río.

- ¡Saqueo! ¡Saqueo! ¡Saqueo! – Esa noche todos pedían las cervezas a raudales de rondas y cada parroquiano, esta vez, con su cheque en el bolsillo, porque banco en la isla no había.

TRES MESES DE VACACIONES.

El renco Miguel apareció por el poblado de San Juan de Manapiare después de una de sus largas ausencias en los caños de los alrededores, siempre en la búsqueda del sustento. Con su inseparable motor y canoa arrimó al puerto, con su cargamento de penurias y soledad con carne asada, después de largos meses de solitaria faena.

- ¡Papeles del motor y de la canoa, factura de la gasolina, revisión de la carga y padrón de la bácula! – le grita el guardia nacional estacionado y de turno en el puerto, siempre a la espera de sus sumisas presas.

- Mire señor guardia: yo vengo del monte y mis papeles están en mi casa. Yo vivo aquí y no los llevo porque se pueden ahogar junto conmigo, si me llego a trambucar.

- ¡Búsquelos entonces y para la próxima debe cargarlos! ¡Corra! – le gritan a Miguel.

Se va con toda calma a su casa distante cinco cuadras del puerto, rumiando su furia; entra y su mujer e hijo, que lo esperaban en cualquier momento, lo saludan con alegría.

- Pero ¿y tu chinchorro y guarales y bácula? – pregunta su mujer ansiosa.

- Me agarró la guardia en el puerto y me pidieron todos los papeles y los vengo a buscar – le respondió mientras registraba su saco, donde tenía todos sus enseres.

- En tu ausencia cambiaron al teniente y el que vino como siempre comienza por abusar de todo el mundo. Tiene aterrorizado al pueblo, como todos los militares castigados y mala conducta recién llegadas por estos predios. Al irse parece que por fin maduran y cambian un poco – lo pone al día su mujer.

- Bueno, me voy a arreglar esto. Aquí llevo mis papeles – y se va rumbo al puerto.

Parece que la presentación de los papeles exacerbó aun más los ánimos del guardia.

- ¡Que traes ahí! ¡Abre eso! ¡Aja! ¡Con que traficando con la fauna! ¡Mira

como traes chácharos y danto asado! ¡Eso está prohibido, por las leyes del ambiente y tienes cárcel de acuerdo a estas leyes! – le espeta furioso el guardia.

- Pero señor guardia, son solamente tres chácharos y un danto para darle de comer a la población y para comer yo y mi familia – responde compungido.

- ¿No sabes contar ahora? ¡Son seis chácharos! ¿Es que no ves? – le señala el guardia.

- Si se contar señor y son tres – más que hablar gime humilde, con la cabeza gacha y los ojos escondidos entre el sombrero.

¡Ah! ¡Ya entiendo: son tres de colaboración para el comando! ¡Bueno, te puedes ir con tus macundales! - le dice el guardia, mientras se dirige a su comando a buscar quien lo ayude a cargar.

Miguel fue de nuevo a buscar la carretilla y pasó el resto de la media noche descargando su embarcación. Se acostó completamente agotado hasta el día siguiente.

En la mañana, a primera hora, comenzó la afluencia de compradores de carne asada. La población siempre estaba alerta a la llegada de los proveedores, para comprar las mejores piezas. Una vez vendida toda la mercancía, Miguel reposó el resto de la tarde. A la entrada de la noche se dirigió al bar de Lencho, situado a tres cuadras de su casa. Entró y saludó a todos los asiduos visitantes y tomó asiento junto a ellos, dispuesto a ponerse al día con los chismes del pueblo y también con los venidos de Puerto Ayacucho. Cuando le tocó su turno expuso su situación embarazosa con la guardia en el puerto y de la matraca que había sido objeto.

- Si. Abusan como siempre. Y más ahora que hay un teniente nuevo, como te lo dijo tu mujer. Siempre es lo mismo y no hay quien defienda a la población – confirmó el musió Bruno.

Esa noche Miguel se fue a su casa rascao y pensativo: no era posible tanta cobardía. Pero ¿qué podían hacer él y los demás? No era ni siquiera posible protestar ante tanta arbitrariedad. Esa noche tuvo pesadillas y soñó que le quitaban los seis chácharos y el danto también.

El otro día se dedicó a recorrer el pueblo y visitar los amigos. Se enteró que

el cura Arranz iba a dar una película en la plaza del pueblo, para recoger fondos. Era el acontecimiento del día y había que ir. Toda la población estaría presente.

Miguel comenzó la fiesta desde temprano en la tarde: compró su botellita de aguardiente caña blanca para mejor ver la película y comenzó con sus amigos la degustación. Cuando llegó a la función ya estaba de película, pero aun así, pagó su entrada y se sentó a la espera del comienzo. Las luces aun estaban más prendidas que él y pudo observar al guardia que lo había humillado el día anterior. Estaba parado vestido de guardia y al lado estaba alguien parado y también vestido de uniforme militar, pero diferente, seguramente todos a la espera del comienzo del show. La rabia comenzó a aflorar en su interior. “Debe ser ese el nuevo teniente” – pensó, mientras complementaba su pensamiento con un trago de aguardiente, que dentro de su amargura le supo a purgante.

De pronto la planta del pueblo falló y la luz se fue. Miguel botó la botella de aguardiente, se levantó instintivamente, junto con su cojera y brincando de medio lado, como una sombra vengativa se dirigió al grupo de militares en medio de la gritería y confusión consiguiente que se formó. Sus ojos de cazador acostumbrados a la oscuridad de la noche divisaron la silueta del teniente enseguida, lo midió bien en medio de la cara y le asomó tremenda trompada, donde descargó todo su odio concentrado. Sintió cuando el cuerpo cayó al suelo, en medio del revuelo y no esperó la reacción de nadie antes de echar a correr hacia el puerto, rumbo a su curiara. Llegado ahí, prendió el motor y se perdió en la oscuridad de la noche, hacia su mundo selvático. Pasaría aguas arriba por el sitio de su compadre y ahí se aprovisionaría para una larga temporada en el monte donde nadie lo encontraría.

Así pasó Miguel tres meses en el monte, al cabo del cual visitó de nuevo al compadre en su sitio. Ahí encontró su mujer y su hijo que lo esperaban. Le contó que el teniente anduvo varios días con un ojo tapado. Se volvió más malo que nunca y el registro de casa por casa se hacía casi a diario, siempre buscándolo, para planearlo. Ella misma estuvo presa varios días, hasta que todo se supo en Puerto Ayacucho y cambiaron al teniente. Que el que vino nuevo parece que trajo nuevas instrucciones y es más bueno que los anteriores.

- Que vuelvas, que no te harán nada. Y ahora todos te quieren elegir Alcalde para las próximas elecciones, porque hiciste lo que los otros no se atrevían hacer – le adelantó

- Pero dime ¿porque lo hiciste? – remató el compadre.

- En realidad no lo se. Creo que más bien fue la botella. Pero de todos modos aquí nos quedamos por tres meses más de vacaciones por si acaso. Siento algo dentro de mí que no me deja arrepentirme de lo que hice – finalizó.

DAWASCHUWA.

Dawaschuwa nació en WASARE (algodón), en la boca del río Cuntinamo, afluente del río Padamo, afluente a su vez del río Orinoco. Era de la recia etnia Ye'kuana y siempre habitó en los montes y ríos de su tierra natal.

Su padre, WIJI, fue también el padre del gran BARNE YAVARI, el KAJICHANA (cacique-shamán) y guardián de los lugares sagrados, las sabanas de KAMASOWOCHI y KIKIRICHA, donde tuvo lugar la creación del mundo y del hombre Ye'kuana. Hacia esos lugares emigró Dawaschuwa, siendo aún un infante. Todo aspirante a KAJICHANA debe hacerlo porque ahí es el lugar donde tiene lugar su formación y de todo aspirante a KAJICHANA. Queda en las cabeceras del río Metaconi, afluente también del río Padamo, que desagua frente a la comunidad Yanomami de Koshirowateri (la aldea de la abeja sin agujón).

Una vez formado bajó, después de un largo tiempo, hacia el río Cunucunuma. Estaba en la comunidad de Yakaré (ya desaparecida) en 1.951 y fue contratado junto con Yarakuna e Isaías Rodríguez, también Ye'kuana, por la expedición franco-venezolana que se disponía a descubrir las fuentes del Orinoco. Acondicionaron la base principal de la expedición en las sabanas de La Esmeralda. Ahí no había nadie y Dawaschuwa junto con otros Ye'kuana habilitó una pista de aterrizaje de 1.200 metros para que los aviones DC-3 procedentes de Caracas pudieran aterrizar en la sabana y así poder aprovisionar a los expedicionarios; construyó las casas de palma que servirían de dormitorios, comedor y depósitos.

Reunidos implementos y hombres, partieron los expedicionarios rumbo a las cabeceras. Y después de una gran odisea llegaron y entre ellos Dawaschuwa y sus compañeros Ye'kuana. De regreso, el Director de la expedición, el Coronel Franz Riskey lo dejó a en La Esmeralda, con el fin de cuidar y poblar esos lugares. Pero se sentía muy solo y le hacía falta su río Cunucunuma. Hacia allá se dirigió con su prole.

En 1958, luego de la caída del régimen de Pérez Jiménez, Dawaschuwa volvió una vez más a La Esmeralda, con la intención de refundarla (¡una vez

más!). En efecto, este sitio ha sido fundado y a su vez abandonado una y otra vez desde la época de la Expedición de Límites de los españoles en 1758, época de su primera fundación oficial. El último colono conocido y asentado en la zona, el Coronel Pérez Franco, fue (literalmente) corrido, junto con su ganado, por los Yanomami en expansión en 1.938. Desde esa fecha se conservaba deshabitada, al menos permanentemente. Así la encontró Dawaschuwa, que llegó allí junto con su familia y ganado, regalado por el Gobernador de la época, Guillermo Peña Peña, en el mes de septiembre de 1.958.

El asentamiento prosperó, bajo la conducción de Dawaschuwa. Entonces aparecieron los demás, entre ellos los curas que, bajo la égida de Monseñor Segundo García, querían toda La Esmeralda para ellos solos y allí fundar la capital de las misiones Salesianas del Alto Orinoco, en franca competencia con las Nuevas Tribus, misión evangélica norteamericana, que ya estaba asentada en el Alto Orinoco y habían comprado Tama Tama por 50 bolívares a Juan Eduardo Noguera, medio Ye'kuana y medio criollo, quien ahora se vio obligado a emigrar a La Esmeralda

Primero Monseñor quiso comprarle La Esmeralda a Dawaschuwa por 100 bolívares, quien se negó rotundamente a la venta. De todos modos allí se asentaron las misiones Salesianas, en franca competencia por el espacio. Luego vinieron los conflictos vecinales. Y el cura Sánchez comenzó a matar los cochinos de Dawaschuwa que invadían sus predios. El rifle calibre 22 casi no tenía descanso de tanto matar cochinos. El reclamo airado no tuvo efecto alguno y decidió ocurrir a la justicia terrenal. Como no había gasolina ni motor ni jefe civil o militar, decidió venirse en su curiara, al garete, dirigiéndola por el medio del río y canaleteando de vez en cuando, para conservar la buena dirección. Tardó un mes en llegar a Puerto Ayacucho y en seguida se presentó al prefecto de entonces, Valentín Camacho y puso la queja y pidió citar a Monseñor a la prefectura. Y sí, Monseñor tuvo que ir a la prefectura, disculparse en nombre de la misión y... pagar los cochinos.

Dawaschuwa quedó, si no complacido, al menos resarcido en sus fueros y el prefecto le pidió a Monseñor no volver a pelear con el vecino. Ahora tenía que

regresar a La Esmeralda y la subida era más difícil, a lo mejor el doble de tiempo. Pero para la estirpe Ye´kuana el tiempo poco importa. Mientras subía por el Orinoco a canaleta, recordó que le preguntaron en Puerto Ayacucho cuánto tiempo era necesario para subir a La Esmeralda en voladora y Dawaschuwa le respondió en su lógica atemporal:

- Bueno, eso depende, si vas muy rápido serán ocho días, pero si vas despacio pueden ser cuatro – les dijo.

- ¿No será al contrario? – le preguntaron.

- No. Es así, pues si vas muy rápido seguro que chocas con piedra y rompes la hélice del motor y te accidentas – les contestó con su lógica implacable.

Mientras subía, también recordó cuando llegaron los Dáquiri (indios de las etnias Baniva, Baré, Curripaco y otras). También había problemas porque los motores fuera de borda de los Ye´kuana eran todo el tiempo desvalijados en el puerto. Y una vez se enfrentaron de bando y bando.

-¡Que salga el más bravo de Uds.- gritaron los Ye´kuana. Y salió el Shaman de los Dáquirí y retó a la tropa contraria:

- ¡Soy yo y ahora que salga el más bravo de Uds! – gritó retador.

Enseguida salió el Kajichana Aniceto, pero antes fue en busca de la báculo, mientras el contrario también iba en busca de la suya.

“Ahora las peleas no son como antes” – concluyó Dawaschuwa mientras jalaba canaleta en el río, navegando aguas arriba.

“Así como nos cambiaron a nuestro dios Wanadi, ¿nos cambiarán también nuestro mundo? ¿Por qué tengo que llamarme Manuel Velásquez y tener cédula para poder pelear contra los Yaránave (criollos) y según sus leyes? Hasta nos regularán la vida (y que para mejorar) con un parque nacional y con unas leyes que no conoceremos ni aceptaremos pero la impondrán en nuestra casa milenaria que son estos lugares sagrados para nosotros. No oirán nuestro clamor.

¿”Sobreviviremos a tanta destrucción de nuestra raza”? – se preguntó por última vez Dawaschuwa, después de la visión que le acababa de revelar el WATUNNA (historia antigua Ye´kuana), antes de hundir el canaleta en las negras ondas del Orinoco, de regreso a casa. También vio el final de su sueño y, entre

ellos, que los Yaránave se atribuirían igualmente la refundación de La Esmeralda.

¡AQUÍ TODOS SOMOS REYES Y HERMOSOS!

Unas veces admiré las aventuras y otras las practiqué. Es por eso que siempre he admirado a esos anónimos amazonenses que estuvieron en el descubrimiento de las cabeceras del Orinoco. En la actualidad viven solamente dos personas de esa Odisea de hace casi 60 años. DAWASCHUWA es uno y el otro es MIGUEL ALBINO.

Al año de ser descubierta las fuentes del Orinoco por la expedición franco-venezolana (1.951), vino el rey Leopoldo II de Bélgica de expedición al Amazonas. Era el mes de mayo y Venezuela estaba bajo el gobierno de Pérez Jiménez y el Gobernador del entonces Territorio Federal Amazonas era Rincón Calcaño. El rey era un explorador nato y había estado en muchas partes del mundo. Escogió Venezuela y al Amazonas casi al azar, al dañársele el barco donde venía de una de sus exploraciones por el Mar Caribe.

En Puerto Ayacucho llegó al Hotel Amazonas y desde allí coordinó todos los traslados por el interior del Amazonas. Acompañaban al rey, además de su personal de asistentes y de servicio, Cruxent y Pablo Anduze quienes habían participado en la anterior expedición y regresaban para ver si podían rescatar unas muestras de campo perdidas en un naufragio en ese entonces y el Mayor Tenreiro, en representación del Gobierno Nacional.

Los obreros anónimos que habían participado en el descubrimiento de las fuentes del Gran Río un año antes estaban disponibles y dispuestos a participar en esta nueva aventura. Fueron contratados: Raúl Silva, como motorista de la canoa del propio rey; Pascual Díaz como cocinero y cantante ¡otra vez! del personal de tropa, porque el rey tenía su cocinero personal en la persona del español Juan Canto; Miguel D'Acosta, Antonio Ferreira (el negrito Ferro) y Jesús Martínez (Monigote o el Capitán Barbas), todos veteranos de la primera expedición. También fueron contratados novatos como Pedro López, el brasilero padre de Corozo y **Antonio Hermoso**, como ayudante de cocinero ,que trabajaba con el Ingeniero Bombón como maestro de Obras en la construcción de la Catedral de Puerto Ayacucho, pero se había peleado con el Ingeniero por

“mamarle tanto gallo”. Bombón (Arterio Pérez del Prado, Conde de la Casa Landino), de grata recordación entre los amazonenses que lo conocimos, fue un español natural de la provincia de León traído por Monseñor Segundo García para construir la Catedral. Había peleado en la guerra civil española de 1.936 como teniente coronel al lado perdedor de los republicanos.

Fueron contratados además, Eloy Fajardo y su lancha “Peramán” con motor puqui-puqui, que estaba en San Carlos de Río Negro; las lanchas “Orinoco” con el gran Rufo Guevara como piloto y la “Maroa” piloteada por Rafael Álvarez, ambas perteneciente a la Guardia Nacional y estacionadas en Samariapo. También fueron contratadas tres embarcaciones tipo bongo, uno que serviría de cocina, otro para el desplazamiento del Rey y acompañantes en sus salidas diarias de exploración a sitios de interés y recolección de nuestras y el tercero como avanzada y ubicación de sitios de pernocta.

Antonio Hermoso y su hermano Edmundo nacieron en Puerto Ayacucho en 1.930 y en 1.926, en el actual Barrio Humboldt, al frente de la casa de Isabel Navarro. En 1.933 llegaron los Salesianos y se establecieron en el actualmente parque Humboldt y allí abrieron la primera escuela en Puerto Ayacucho. Para reclutar los primeros alumnos internos dieron un recorrido al interior del Territorio y trajeron alrededor de 40. Ahí entro a estudiar Antonio en 1.937 como interno.

A los primeros días del mes de mayo zarparon los barcos desde Samariapo y la “Peramán” desde San Carlos de Río Negro al mando de Juan Guapo, también participante en la expedición de 1.951. Todos se reunirían en La Esmeralda, donde llegaría el rey y su comitiva por avión desde Puerto Ayacucho. Ahí no había nadie.

Reunidos todos, por fin emprendieron el viaje hacia el alto Orinoco. El objetivo era conocer a los Yanomami. Salieron hacia las 4 de la tarde de un día de primeros de mayo de 1.952 y pasaron la actual desembocadura del río Ocamo de noche. Hacia las 11 del otro día llegaron a Platanal y encontraron al misionero estadounidense James Baker, en función de fundar las Nuevas Tribus. Allí permanecieron 3 días y compartieron con todos pero, por si acaso, dormían del otro lado del río Orinoco, por miedo a “los guajaribos”.

Luego bajaron en las lanchas y visitaron el río Cunucunuma. Quisieron llegar hasta Acanaña, pero no pudieron pasar porque el río estaba muy bajo. Se conformaron con pernoctar en el sitio Yakaré, ya desaparecido. De ahí enfilaron hacia la boca del río Casiquiare. Previamente habían enviado la lancha “Maroa” a descender el Orinoco hasta la desembocadura del río Atabapo, remontarlo y esperarlos en Yavita. Los expedicionarios descendieron el Casiquiare y en la laja de Capiguara encontraron fundado a Don Teodoro Pérez, barón cuyo árbol genealógico abarca a muchas familias en Amazonas. Aquí lo conocimos como el “temible” policía escolar que arriaba a los flojos de los años 50 que no iban a la escuela en el entonces “Grupo Escolar 2 de diciembre”, hoy “Monseñor Enrique de Ferrari”.

Después de 2 días de viaje, llegaron a San Carlos de Río Negro y el rey se alojó en la casa de Don Santana Tovar. Estaba de médico un alemán y su hermosa esposa era la enfermera. Al otro día el rey y algunos de su comitiva fueron hacia el sur, hasta Santa Rosa de Amanadona y la piedra del Cocuy, a la cual, como buen escalador, no resistió la tentación de hacer cumbre. Al otro día regresó a San Carlos y enseguida se preparó el regreso vía Maroa. Pero “Peramán”, la nave capitana, no pudo remontar los raudales de Murciélagos, en la desembocadura del Casiquiare en el río Negro y tuvieron que regresar a San Carlos.

Corrió el comentario entre la tropa que el rey quería regresar porque la mujer del médico le había robado el corazón. Al otro día reemprendieron la marcha y ésta vez sí pasó los raudales y llegó a Maroa. Ahí pernoctó en la casa de Don Germán Montes, al lado de la plaza. El cura era un Padre venido de Polonia y el rey aprovechó para bautizar en la iglesia local a varios muchachitos maroños, entre ellos al entonces futuro Ingeniero Graciano Montes (+), aún no bautizado para ese entonces.

Prosiguió parte de la comitiva hasta el caño Pimichín en los barcos pequeños, con el rey al frente y los barcos grandes con **Antonio Hermoso** a bordo se devolvieron de allí vía Casiquiare-Orinoco. Llegados al final del caño, hicieron el trasbordo de 17 Km. a pie entre Pimichín y Yavita. Ahí los esperaba la

lancha “Maroa”, que los llevó hasta San Fernando de Atabapo y la Isla de Ratón. En esta isla el rey organizó una nueva expedición hacia el río Sipapo y el cerro Autana. En ese entonces le puso el nombre a la laguna que lleva su nombre y que en lengua Piaroa se llama INAKARU DUBORA que significa Laguna de la Mata-Mata (la tortuga). El nombre milenario de sus habitantes originarios fue cambiado y con su nombre por alguien que la visitó unas horas.

Llegado a Puerto Ayacucho, el rey se dirigió de nuevo hacia Caracas. Hizo la misma ruta que el Barón de Humboldt 150 años antes en 21 días, pero al revés. Él la hizo en un mes.

Antonio y los demás expedicionarios, junto con el resto de barcos, regresaron de nuevo a Puerto Ayacucho por la vía más larga.

A sus 22 años recordaba su vida hasta ahora. Recordó cuando tenía 13 años y un caimán en la playa de Bagre atacó y engulló a Delfín Maroa, estudiante interno y de su misma edad. Era hermano de Justiniano Maroa (el viejo) y Concho Maroa, también expedicionario a las fuentes del Orinoco y en cuyo nombre bautizaron un raudal: el raudal de la paja, por razones obvias. Murió siendo Guardia Nacional en San Carlos de Río Negro en los años 90.

El hecho acaeció el 11 de febrero de 1.943, día sábado, como a las 4 p.m. El colegio aún estaba en el actual parque Humboldt. En ese entonces la antigua iglesia que está arriba de la piedra, construida por el Padre Bombecchio y que también servía de despensa, estaba en funcionamiento y hasta allí se dirigió después del mediodía el infortunado Delfín junto a Carlos Cuiche (está demente, pues recién se montó a lo alto de la Catedral, desnudo y amenazando con matarse. Lo agarró el Padre Beresán). Eran ayudantes del cocinero José Antonio Pérez (fue Hermano Salesiano y vive actualmente en la Quebradita), a buscar lo correspondiente a la comida del colegio para la semana entrante, que despachaba el Hermano Gregorio Oduber. Llevada la mercancía, se fueron los tres a bañar a la playa de Bagre. Cuiche y Maroa se lanzaron en seguida al agua, mientras Pérez se mantenía en la orilla, observando. Cuando estaba Delfín jugando con Cuiche en el agua, el caimán lo cazó. Delfín gritó enseguida, en busca de ayuda. Cuiche lo agarró por una mano y le disputaba la presa humana al saurio. Pérez también

se lanzó al agua y en cadena, trataron de salvar al pobre Delfín. Pero el caimán aplicó su treta aprendida en 200 millones de años de evolución: giró alrededor de su cuerpo, dio la temible vuelta de campana y los que sostenían a Delfín no pudieron aguantarlo, que escapó entre las fauces, hacia aguas profundas. Los sobrevivientes se quedaron anonadados y llenos de espanto a la orilla de la playa, a la espera de la aparición de su compañero.

Rato después apareció el saurio en la superficie del agua, con su presa entre las fauces y la zarandeo para poder mejorar la posición, despedazarlo y engullirlo mejor. Se alejó hacia el otro lado de la playa, del lado de Viejita y se instaló para comérselo mejor. Nuestros amigos corrieron por la orilla, primero de la playa y luego del monte hacia la bestia que comía tranquilamente. Cuando se acercaban, el caimán retomó el resto de su presa y se zambulló de nuevo, hasta el día de hoy.

Los sobrevivientes corrieron hasta el Asilo y dieron la novedad. Enseguida hasta Monseñor Alterio se movilizó y arribaron a la playa donde todo estaba tranquilo. Monseñor sintió mucho la pérdida del muchacho y para prevenir futuras desgracias, contrató al pescador Fidel Montes para sanear el futuro balneario. Fidel agarró unas asaduras de res del matadero, puso un anzuelo valentón y enseguida atrapó al caimán, lo abrieron y no encontraron restos del muchacho. Puso su carnada hasta tres veces más y en todas estas ocasiones, atrapó caimanes. Y en ninguno aparecieron restos humanos. Pero la playa quedó saneada y por lo tanto libre de saurios.

Por cierto este Fidel Montes era compadre de Juan Luces que, entre sus múltiples hijos aparece el negro Chispa y la Tonina, ya fallecida. Juan era un negro procedente quizás de Barlovento y se estableció por estas tierras. Era muy ocurrente y llano en su trato.

Luego que Monseñor le pagó a Fidel por sus servicios de limpieza, Juan Luces lo supo y aprovechó para cobrarle una vieja deuda atrasada. Entonces le escribió una carta la cual decía:

“Querido compadre Fidel: aprovecho la ocasión para cobrarte y si no me pagas, que te coma

un caimán, familia de los que sacaste. Saludos de tu compadre del alma.
Juan Luces”.

En otra ocasión, cuando fueron a encuestar a Don Juan contestó de manara expedita todas las preguntas:

-“¿Soltero o casado?”- le preguntaron.

-“Encuerao con Chepa” – respondió.

-“¿Cuántos hijos tienes?”- continuaron.

-“21” – contestó

-“¿Todos vivos?” - le volvieron a preguntar.

-“Si. Porque los pendejos se murieron” – volvió a contestar.

Antonio recordó también cuando el Padre Bombecchio construyó la primera Catedral. Comenzó en 1.934, al año siguiente de la llegada de los Misioneros. La construyó muy rápido y al año estaba casi terminada. El cemento era traído en barriles desde Alemania. El maestro de Obras era Ramón Quiaro y trabajaron como albañiles Jesús Mayuare, natural de Las Carmelitas y Ventura Gutiérrez, hijo de la Señora Epaminare, de San Carlos de Río Negro.

Lo tal es que en 1.937 ya estaba hecha, porque en esa época comenzaron el antiguo Asilo Salesiano, donde actualmente está el Colegio Pió XI. También lo construyó el Padre Bombecchio y con los mismos trabajadores de la antigua Catedral. Lo terminaron en 1.938 y fue en esa época que se mudó a la actual sede.

En esa misma fecha se comenzó la construcción de la antigua Gobernación y el Gobernador era Rafael Simón Urbina, donde actualmente está la actual Casa Amarilla. Fue construida por el mismo Padre Bombecchio y sus albañiles, que siempre le acompañaban. La antigua sede de MINDUR, justo al lado, fue construida ya en 1. 948, bajo el Gobierno del Dr. Giacopini Zárraga y fue contratada al renco Arturo Siso. Los albañiles eran los hermanos Luís y Adolfo Gómez, Matías Castillo y Armando Silva, Fue hecha de ladrillos que hacía Antonio Mijares Tovar desde la alcantarilla seis.

A la llegada de Antonio a Puerto Ayacucho, un águila atacó a un pariente jivi en la Comunidad de Coromoto. Es un caso raro en el mundo, porque estas aves

normalmente no atacan a los humanos. Fue muerta por la misma víctima y estuvo durante un largo tiempo en el antiguo museo de los curas en el antiguo Colegio Pío XI, hasta que de ahí voló sin dejar rastros.

Luego de navegar de regreso, Antonio llegó a Puerto Ayacucho y después de dos meses de ausencia, hizo las paces con Bombón y le prometió que más nunca le “mamaría gallo” y continuó con su trabajo de construir la Catedral. Previamente había trabajado en la obra de la construcción del muelle de la ciudad en 1.951. En 1.955 se terminó totalmente la Catedral y entonces Bombón emigró hacia Maracaibo donde hizo varias obras. Volvió en 1.957 para comenzar las obras del nuevo Colegio Pío XI, que culminaron en 1.958. Cuando cayó la dictadura, Bombón aprovechó para construir el edificio de Néstor González y la ferretería de Maniglia en la esquina de la avenida 23 de enero.

También (al mismo tiempo) construía el Colegio Pío XI y se encargó de las Obras del Puente de Samariapo, bajo el régimen del plan de emergencia. Trabajaron allí: Pedro Hermoso como Caporal, los maestro de obra eran Antonio Figueroa y Luís Sánchez; José Silva, Ramón González y Ramón Cortés como carpinteros; el cabillero era Leonardo España (manatí) y Raúl Silva era quien manejaba la mezcladora. La obra era por administración directa y los fiscales encargados por la Gobernación bajo la administración de Felipe Testamarck eran José Elías Lovera y José Escala. Los obreros se iban un lunes en la mañana a la Obra y regresaban el viernes por la tarde a la ciudad. Ahí se instaló Vladimiro Zuarich con un kiosco que surtía de todo a los obreros e incluso de la cervecita fría.

Antonio continuó en la construcción y de manera persistente, trabajó en las obras más emblemáticas del Estado Amazonas. Juntos comenzamos en el año 1.982 la construcción de mi casa, que nunca terminamos (actualmente la llaman La Palomera) en el Barrio San Enrique, el cual fundamos, porque cuando llegamos, allí estaba solamente la familia Anaure, que se alegró mucho de nuestra vecindad, porque así pondrían los servicios.

También aprovechó muy bien el tiempo para, en el transcurso, fundar una gran familia, que estuvo a punto de ser gringa, pues justo cuando murió Bombón

en 1.959, ya arreglaban las maletas para emigrar juntos a los Estados Unidos, con toda la familia, mitad D'Costa, a continuar construyendo. Estaba dispuesto a irse con su mentor y entonces, hubiésemos tenido los amazonenses, allá en el norte, unos verdaderos parientes, quizás veintenas, Hermoso (de apellido) y a lo mejor hasta hubiésemos mejorado la raza Yanky.

EL AUTISTA.

Hace tiempo que ese monstruo me tiene ganas. Tendré que enfrentarlo, dado el momento. Cada vez que llega de viaje se para en el mismo sitio, bufando. Su amo que lo lleva y lo trae lo deja por ahí en el patio y mientras lo espera, me mira con sus ojos grandes y escrutadores, con rencor. Sus negras orejas oyen hasta mi pensamiento. Yo le desagrado. Y a mí él me desagrada, además de su aspecto, su ruidoso estómago y su aliento insoportable. Definitivamente: algún día nos enfrentaremos y entonces la lucha será a muerte. No es la primera vez que me enfrento a uno de su calaña y siempre ellos han salido con la peor parte. Aunque yo también he recibido lo mío y no precisamente de ellos, sino de sus amos que son muy celosos con esos monstruos. ¿Por qué los cuidan tanto, los quieren y los miman si son tan feos, antipáticos y ruidosos? ¿Por qué será que me miran mal y me tienen rabia? Me la tienen dedicada, pero me la van a pagar todas juntas cuando ajustemos cuentas. Porque me miran mal, me tienen rabia y yo a ellos.

Me recuerdo la última vez que luché contra uno de ellos. Yo estaba descuidado y el monstruo se me vino encima. Casi me atropelló, si no es porque su amo lo detuvo a tiempo. Se paró como a un metro de mí, queriéndose salir del control de su amo. Me asusté muchísimo pero me vengué. Era más grande que éste y de color blanco. Este es verde. Primero lo insulté junto con toda su generación, empezando por su madre. Luego lo reté y él aceptó. Agarré una cabilla y me le fui de frente. Al primer cabillazo le destrocé el ojo derecho y lanzó un grito lastimero de dolor. Al segundo lo dejé totalmente ciego y chilló aun más duro y de forma intermitente. Ya ciego todo fue más fácil: lo golpeé en las costillas y en la cabeza. Si no viene el amo y lo defiende, de seguro le hubiese dado una paliza. Pero paliza fue la que me dio el amo del monstruo. No me dejó que lo acabara, pero este no se me salva y para que la pelea sea más pareja lo voy a pelear a mano limpia, sin cabillas ni piedras y, si no acude el amo en su ayuda, la victoria será mía. Ahí viene el amo. Ahora tomará a su monstruo y se marcharán juntos. Pero, según la costumbre, volverán y yo los esperaré aquí.

Luego de larga espera ya llegaron. Lo dejó en el mismo sitio y me sigue mirando mal. El amo lo dejó solo y aprovecharé para atacarlo. Me acercaré por la derecha muy sigilosamente, lo agarraré por la gran oreja que tiene para tratar de tumbarlo y así poderlo dominar. Ya estoy trabado en lucha a muerte con este monstruo: tomo la oreja entre mis manos y tiro con fuerza. No cede y entonces me afinco también con mis pies para tirar mejor. El monstruo chilla de dolor al ceder la oreja, que cae al suelo junto conmigo. Me hice daño, pero el monstruo gime de dolor y yo grito de euforia por mi victoria. Ante tanto escándalo por la lucha vienen corriendo mi mamá y el amo del monstruo. El amo grita:

- ¿Porqué suena la alarma de mi carro? – y en seguida chilla:

-¡Mira lo que ha hecho este loco de mierda! - Y mi mamá muy brava añade:

-¡Hay que joderlo para que aprenda! ¡Ayer le rompió los focos y el stop de otro cliente de la pensión! ¡Y hubo que pagarlos! ¡Y hoy: mira como ha roto el espejo de este autobús! ¡Y hay que volverlo a pagar! ¡Pero antes lo voy a joder!

-¡Déjalo chica! – dice la abuelita que también salió por el escándalo - ¡no ves que es autista!

-¡Será autista o loquito, pero hay que joderlo para que aprenda! ¡Nos va a arruinar! – dice la mamá, al tiempo que lo agarra por los brazos y se lo lleva para adentro, rumbo a su ración de palos.

Dejaré quieto a esos monstruos y así me vean mal, ya no pelearé contra ellos, porque tienen muchos amigos y defensores. Pero hay otra clase de monstruos que llaman gandolas y también me están viendo mal. Ahora pelearé contra ellos, porque lo que es contra estos monstruos llamado autobuses, no gano una.

MAHATMA

Mahatma persiste en la tradición Ye´kuana. Era un humanoide que vivía en La Esmeralda y, como todo humanoide que se respete, tenía su pareja. Tenía la forma de un mono, pelos incluidos y la estatura de un hombre. Era muy fuerte y todos le temían. Nadie, ni siquiera los cazadores más fuertes y aguerridos, eran capaces de enfrentársele. Además, era carnívoro y adoraba la carne humana. Caníbal no era porque no era humano.

Habitaba con su pareja las altas y agrestes montañas que rodean actualmente el poblado. Los Ye´kuana que habitaban el pie del cerro, en épocas pasadas tuvieron que emigran hacia otras zonas más benignas ante el acoso del ente. En efecto: cuando el humanoide quería comer su plato favorito (la carne humana) bajaba hacia el poblado cercano y a quién encontraba lo mataba y llevaba hasta su cueva, para ser devorado. Prefería a los infantes, quizás por ser más tiernos.

En estas condiciones La Esmeralda era un sitio muy bonito, pero inhabitable para los Ye´kuana, que buscaron hacia las cabeceras del Iguapo. Hasta allá los persiguió Mahatma, siempre el búsqueda de su comida.

Pero llegó la pólvora y la fuerza militar al reino de Mahatma con la expedición de límites de José Solano en 1.758. Hasta La Esmeralda envió a su sargento Diez de la Fuente, quien decidió fundar la ciudad desierta. Buscó a los dispersos Ye´kuana para refundar la ciudad y éstos le expusieron el problema: Querían vivir allí, pero no los dejaba en paz el ente sobrenatural dueño de esos lugares.

Diez de la Fuente, un hombre racional, no creía en tales aseveraciones, pero.... ¡Vamos a verlo! Partió la expedición de españoles y Ye´kuana hacia las montañas que rodean La Esmeralda. Al llegar al sitio los españoles dispararon sus armas de fuego para que el ente supiera de ante mano a qué fuerzas nuevas y desconocidas se enfrentaba. El olor a carroña los guió hasta la cueva de habitación. Mahatma no estaba acostumbrado a tales afrentas y a tales ruidos. Se asustó mucho y se atrincheró con su pareja en lo más profundo de la cueva.

Los disparos y ruidos no hicieron que saliera de su trinchera. Entonces

decidieron utilizar el fuego y prendieron una fogata en la boca de la cueva. El humo entró y lo obligó a una salida forzada y desesperada. Sus captores estaban preparados, con las armas cargadas y abrieron fuego sobre el ente que calló abatido sobre las zarzas ardientes, aún vivo. En el ínterin, también salió la hembra, y a quién no esperaban porque no contaban con ella. Huyó ante la mirada despavorida y sorprendida de sus captores, cuyas armas estaban descargadas.

Mahatma herido fue apresado, encadenado y expuesto al público presente. Luego de deliberar, los españoles decidieron llevarlo como trofeo a su jefe Solano en San Fernando de Atabapo. Pero frente a la isla que está justo bajo La Esmeralda murió. Sus restos fueron echados al Orinoco en el mismo lugar. Aún hoy la isla en su nombre se llama en lengua Ye'kuana Mahatma Kutana Antare (la isla donde quemaron a Mahatma). Aunque los Arawakos la llaman por deformación del lenguaje la isla de la kuka.

Aún hoy, cuando alguien se pierde o desaparece en la selva, creen los Ye'kuana que lo cazó la Mahatma, que todavía vive, quizás solamente en la memoria.

¿Existió en realidad este humanoide? No lo se. Como me lo contaron mis amigos Ye'kuana lo cuento.

HÉROE DE LA ÚLTIMA BATALLA.

Antes, en mis tiempos de estudiante de bachillerato, en los años 60, las mañanas caraqueñas eran muy frías. Vivía entre las esquinas de Bolero y Pineda, donde quedaba la pensión de gallegos. Tenía que hacer un esfuerzo contra la temperatura y el sueño para levantarme muy temprano y asistir a clases. Casi al frente queda el Palacio Presidencial de Miraflores. El trayecto hasta el Liceo Fermín Toro, a tres cuadras, donde estudiaba, se hacía en pocos apurados minutos.

En la esquina, casi al frente del Palacio, cuando pasaba en las frías mañanas, ya estaba instalado un personaje al cual particularmente le puse el sobrenombre de “el guerrillero heroico”. Su indumentaria nada más llamaba la atención de los transeúntes: uniforme militar de caqui de las épocas de las montoneras, parecidos a los utilizados en épocas pasadas y propios de los chácharos gomecistas, sombrero de corcho color marrón queriendo imitar un casco militar, polainas, una cartuchera como cinturón de la que colgaba una espada envainada y un pañuelo amarillo atado al cuello. Las medallas, condecoraciones y otros objetos militares que depositaba día a día sobre la acera constituían otro legado de otras épocas pasadas: medallas militares de quien sabe cuantos combates recordatorio del valor derrochado y premiado, corneta de guerra testigo de cientos de ataques y retiradas, una bayoneta, aunque oxidada, podía dar fe de los muertos y heridos causados y otros objetos militares que hablaban de glorias pasadas. Toda esta indumentaria acompañaba su porte militar, a pesar de sus años pasados de los 70. Depositaba y alineaba todo sobre la acera y apuntaba hacia Miraflores, como si fuera el objetivo militar a tomar. Cada rato pasaba revista a sus objetos, como queriendo contarlos, a ver si estaban en su posición correcta y echaba una mirada hacia Miraflores, como queriendo saber si era tomado en cuenta por sus hazañas pasadas.

Estaba pendiente de la caravana presidencial que todas las mañanas debía pasar al frente. Entonces hacía el saludo militar correspondiente: se paraba firme con la mano extendida y llevada al lado de la sien, ante el supuesto presidente que iba tras los vidrios ahumados de la limousine. Así tendría que tomarlo en

cuenta. Con seguridad, lo mandarían a llamar pronto.

Se veía todas las mañanas en el mismo sitio y con su personalidad discordante, sin que el objetivo diera muestras de querer enterarse de su presencia. Venía de otras épocas, donde el poder se ganaba con balas y no con votos, pero él no se daba por enterado. Su reconocimiento debería ser ahora y pronto.

Miraflores ni se enteró o no se dio por enterado. Jamás le envió tan siquiera un refresco, a manos de un soldadito. Sin embargo, sus méritos pasados, ahora no reconocidos, existían: había invadido a Venezuela varias veces desde Colombia con las tropas de Arévalo Cedeño; participó a su lado en la batalla de Periquera, contra las tropas Gomecistas; había invadido el T F Amazonas al lado del caudillo, además de otros tantos hechos de combates, donde se jugó la vida. Estuvo a su lado en su muerte en el Hospital Universitario, cuando en los últimos momentos aún pensaba en la guerra. Sus últimos suspiros fueron: ¡Rodilla en tierra!; ¡fuego a discreción!; ¡a la carga! Así murió, delirando con la guerra.

Ahora, la última batalla le tocaba a él, indigente, sin dinero ni reconocimientos. Se conformaría con una pensioncita de los que mandan para sobrevivir. Para llamar la atención recurrió a estos métodos, ante el acoso del rentista de la pensión, sin familias ni dolientes y sin saber qué hacer, porque sus fuerzas habían menguado, sus habilidades pertenecían al pasado y de tantas revoluciones en las que habían participado, se olvidó de otras profesiones. Ya en Venezuela se había acabado las revoluciones de las montoneras y las levas. En sus momentos estelares y de juventud por delante, la vejez no le preocupaba, pero llegó y lo encontró desamparado. Vivía en otra época.

Era muy orgulloso para pedir una audiencia ante “los canales regulares” de la nueva burocracia que se había instalado en Miraflores. Buscaría más bien llamar la atención con las viejas glorias y hazañas de guerra, porque él también había participado en la construcción de esta nueva Venezuela que ahora lo ignoraba y desechaba. Buscaría su pensión de guerra si existía en este país ya sin guerras.

Exhibiría las credenciales de batallas.

- Tendrán que fijarse en ellas y en mí, que he participado en unas cuantas y he ganado otras tantas - nos decía a todos los que le preguntábamos sobre el porqué de su actitud.

Ayer pasé, como todos los días, hacia el Fermín Toro y el militar retirado no estaba en su sitio habitual. Iba muy apurado, pero al regreso le pregunté al bodeguero de la esquina.

- No te preocupes más por él. Ayer en la tarde lo vino a recoger la ambulancia sobre la acera, inconsciente. Tenía pinta de no quererse parar más nunca. Creo que libró su última batalla y fue derrotado – me dijo como una explicación a su ausencia.

Continué mi camino rumbo a la pensión, sin dejar de pensar en el último guerrillero profesional de una Venezuela que pasó. Murió en el frente porque no aceptó que todo había cambiado y que más valían otros métodos que los fusiles como en épocas pasadas.

Pero al menos debieron de facilitarle el final del tránsito por ésta vida. No costaba mucho. No exigía riquezas, quizás tampoco reconocimientos. Tan solo una pensioncita para no morir de hambre. Ni siquiera eso pudo conseguir al final, porque el poder, cuando llega, se escuda y atrinchera tras los muros de Miraflores.

SE FUE VOLANDO.-

Doña Irma observó cómo la avioneta dibujaba un semicírculo en el cielo de La Urbana antes de tomar pista y dedujo que no era portadora de buenas noticias, “porque en este pueblo casi nunca llegan los aviones”. Más se asombró cuando se presentaron su sobrino “agüita”, acompañado del piloto “Pepa e’Guama”, seguro pasajero y piloto de la avioneta, provenientes de Puerto Ayacucho.

- Tía la vengo a buscar - le anunciaron de manera sombría.
- ¡Seguro que se murió Edmundo! – exclamó entre llantos incontrolables e inconvenientes para su edad.
- Edmundo está bien. Fue Yolanda – le comunicaron apesadumbrados.

Doña Irma recogió lo necesario para una corta estadía y se fue volando, rumbo al velorio. Allí vio, entre todos los otros familiares, a Edmundo y le habló con cariño maternal:

- Veo que estas bien. ¿Por qué murió Yolanda? Parecía llena de vida, según me contaban – demandó precisa.
- Gua tía. La agarró una enfermedad nueva llamada dengue y mientras los médicos averiguaban qué era, se murió. Es una lástima. Era de los hermanos la más brillante. Era Senadora de la República.
- Bueno hijo. Cuídate mucho tú. No andes recogiendo latas ni indigente por las calles. Tú tienes una buena familia, empezando por mí, que te queremos ayudar. Hazle caso a tu familia. Vuelve a tu casa que te estarán siempre esperando – lo regañó con cariño.
- Si mi tía – fue lo único que alcanzó a decir ante tan atropellado regaño.

Pasados los funerales, Doña Irma regresó a sus quehaceres y rutina. Pero la muerte nunca descansa y al año volvía la avioneta de los malos augurios a buscarla de nuevo con el mismo sobrino y piloto.

- ¡No me digan nada! ¡Seguro que esta vez sí fue Edmundo el muerto! ¡Pobrecito! – se desató en lamentos anticipados.
- No mi tía. Esta vez fue Marcos. Lo mató el aguardiente. Más bien creemos que se quería morir, de la manera que tomaba – le comunicaron antes de tomar la avioneta rumbo al velorio.
Este reencuentro, nada gratificante por el fallecido, sirvió sin embargo a Doña Irma para ver al resto de la familia y entre ellos a Edmundo.
- Me alegro que estés bien. Pero no tomes tanto ni andes por las calles pidiendo. Mira lo que le pasó a Marcos por tomar tanto aguardiente, que no respeta edad – lo apostrofó.

- Si mi tía - le dijo como despedida antes de desprenderse de consejos tan inútiles.

Luego del entierro Doña Irma se despidió de su gran familia, pero a Edmundo no lo volvió a ver.

Habían pasado dos años desde la última vez que Doña Irma tuvo que viajar a causa de los decesos en su numerosa familia. La fatalidad a veces se esconde, pero reaparece y ahí estaba dando vueltas otra vez la avioneta sobre el pueblo y pasando sobre su casa, como preaviso de la desgracia. Vio de nuevo a su sobrino que se acercaba a su casa, siempre serio y compungido. De todos modos ya ella se había acostumbrado a la muerte y esta vez no lloraría como las otras.

-Antes que nos preguntes mi Tía. No fue Edmundo quien se murió. Fue “El Pollo” y de tanto tomar aguardiente también – le comunicó el sobrino – te venimos a buscar para los funerales, como siempre.

-Bueno, iré como siempre y también para reencontrarme con la familia, aunque no me gustan los momentos – finalizó.

Encontró a sus familiares cada vez más disminuidos y entre ellos, a un Edmundo retraído que le rehuyó todo el tiempo y a quien no pudo abordar en toda la estadía. Regresó a La Urbana con una preocupación acentuada por el pasaje de los años, porque estaba segura que la próxima vez no se equivocaría el destino y regresaría para el funeral de Edmundo.

Por eso, al cabo de un año, no se preocupó mucho cuando la avioneta llegó de nuevo a buscarla. Esta vez la estaba esperando y presta para abordarla. Lo que si le extrañó es que el pasajero no era el sobrino de siempre. El piloto tampoco. Sin embargo estos detalles no le preocuparon mucho y estaba resignada y hasta alegre de abordarla hacia su destino sin nombre. Ya en el avión preguntó a sus ocupantes:

- ¿Se murió Edmundo? – les demandó.
- No Doña Irma. Es Usted quien se murió. La venimos a buscar. A Edmundo aún le quedan unos añitos de vida – le aclararon amablemente.
- ¡Ah! Con razón no estaba muy preocupada, como otras veces. Bueno vamos – les dijo simplemente.

-A todo el que muere le concedemos un último deseo, pues somos muy condescendientes con los muertos. ¿Cuál será el suyo? – le preguntaron al despegar la avioneta.

Luego de pensar un momento les dijo:

-Como a mi sobrina Yolanda, quisiera que me dieran un último recorrido por mi pueblo que quise tanto – les pidió.

-Como quiera Doña Irma. Casi todos piden lo mismo. Aunque algunos deciden ir más lejos. Es lo que llaman recorrer los pasos perdidos – le comunicaron.

Ya en el aire la avioneta inició una vuelta panorámica al pueblo y luego tomó rumbo al sur, volando sobre el cercano río Orinoco, alzándose constantemente, buscando la velocidad sin fin de crucero.

ATRAPADO SIN SALIDA.

El principio del mundo fue el vacío: la caída fatal desde el árbol hacia la tierra, previo estampido del Big Bang del origen del tiempo y comienzo de la vida y de la muerte. Luego, el choque tremendo contra el suelo del cuerpo de mi madre mortalmente herida por el tiro de escopeta de los cazadores. Yo dormía en su regazo, cuando caía la tarde, en lo más alto del árbol del bosque. Creo que ella dormía también. Pero por mala suerte, se despertó cuando pasaban los cazadores con sus perros y comenzó a lanzar chillidos de alarma. Fue nuestra perdición. Por suerte para mí, ella protegió mi cuerpo con el suyo que recibió toda la descarga de perdigones. Ya en el suelo mi madre buscó reincorporarse y no pudo. Me buscó y me encontró abrazado a ella. Me abrazó aún más y me miró con unos ojos que reflejaban la muerte y una profunda tristeza por tener que dejarme tan pequeño, solo y abandonado en el mundo. Gemía, no de dolor, sino de sentimiento. Así expiró, abrazándome y empapándome con su sangre y con sus lágrimas.

Así nos encontraron los cazadores cuando nos vinieron a buscar. Tuvieron que apartar violentamente a los perros que nos querían devorar en sitio. A mí, por ser recién nacido, no me mataron. Nos metieron a ambos en un saco y nos llevaron junto con otros animales muertos al campamento. Esa misma noche se comieron una porción de mi mamá, A mí me reservaron no se para que, a lo mejor para comerme más adelante. Pero por ahora me daban de comer y me cuidaban.

Comencé la nueva vida y experiencia de convivir con los humanos. Era para ellos en el campamento una especie de juguete. Me llamaban monín. O simplemente el mono. Era la mascota. Comencé a aprender las cosas de los humanos: a adivinar su comportamiento, hábitos, costumbres e interpretar su idioma.

Crecí y de niño pasé a joven. Los humanos terminaron su etapa en la selva adentro y decidieron irse y me llevaron con ellos. Fue un viaje largo, de varios días por el río. Al fin llegamos a un lugar que llamaban ciudad, donde había muchos otros hombres, habitantes con casas enormes, donde convivían muchas personas.

Me asignaron por dueño uno de los cazadores y ya no vivía en libertad como en el campamento de la selva, sino preso en una jaula, donde mal vivía y peor comía. Había niños que se divertían conmigo, pero en realidad yo no quería jugar. Me volví huraño y malhumorado. Añoraba mi selva y mi libertad. Contribuía a mi humor cambiante el cambiante humor de los humanos. Comencé a observar sus peleas familiares. La hembra contra su macho. Hijo contra hija y así sucesivamente. Las peleas comenzaban generalmente cuando el hombre venía como loco. Entendía que lo llamaban borracho. Entonces golpeaba a la mujer y a los hijos y los insultaba. La mujer aguantaba, pero a escondidas estaba con otro hombre, en la misma casa. Yo lo veía todo.

Un día uno de los hijos que me pasaba la comida por la puerta de la jaula, se le olvidó cerrarla. Fue mi gran oportunidad y la aproveché: me escapé hacia los árboles del patio y ahí me quedé. Me trepé en el árbol más alto y vi una mini selva alrededor. El patio del cazador estaba separado por paredes con los otros patios, pero no así los árboles, cuyas ramas se comunicaban entre sí. No era ninguna dificultad para un mono viajar a través de los árboles hacia los patios vecinos. Ahora todos los árboles de la cuadra eran míos. Decidí vivir allí y no regresar a la jaula. Además, había muchos frutos en los árboles, amén de cualquier otra cosa que pudiese conseguir para comer. Mi existencia estaba asegurada, al menos por ahora.

Primero me dediqué a conocer todo mi nuevo mundo. En algunas casas me querían atrapar para enjaularme de nuevo. Yo siempre me escapaba y por eso desconfiaba de todo el mundo. En otras me dejaban comida y agua en lugares visibles para que me alimentara, sin ningún interés. Yo aceptaba estas dádivas. Eran mis amigos. En otras me corrían a palos y pedradas lanzadas con hondas. Eran mis enemigos. Poco a poco aprendí a diferenciarlos, a quererlos, a apreciarlos y a odiarlos.

También a los otros animales comencé a descubrirlos y a diferenciarlos. Es así que una especie de tigrillo pequeño, sobre todo en las noches, empezó a perseguirme. Nunca me dio alcance, por mi agilidad, pero me molestaba y tenía que dormir en las ramas más altas. Cuando se juntaba con su pareja durante las

noches lanzaban aullidos horribles. Era mi enemigo, sobre todo porque yo no tenía pareja, que ya me hacía falta. Los perros (así lo llamaban los humanos), eran iguales a ellos. También aprendí que los perros llamaban de igual manera a los humanos. Total que no se sabía quien era quien. Cuando estaban en manadas, buscaban atacarme y me hubiesen destrozado entre sus dientes, si no fuera por mi agilidad. Solos generalmente eran indiferentes conmigo.

En un hogar había un perro solo. Era pequeñito y juguetón. Al principio nos quedamos viendo con mutua curiosidad. Era de una raza diferente, muy gracioso. Me ladró con cariño, moviendo la cola y acostándose en las patas delanteras. Yo le correspondí con lo mejor de mi repertorio: gruñí amablemente, di una voltereta sobre mi mismo y me guiné de una mata cercana como un racimo de cambur. Poco a poco nos fuimos acercando más y más hasta que comenzó a lamerme el hocico y yo con mi rabo prensil le toqué la cabeza. Rodamos por el suelo en una lucha desigual pero amistosa (era más fuerte que yo). Nos parábamos y otra vez comenzábamos a luchar. Agarraba mi cabeza entre sus fauces, pero sin hacerme daño y yo lo abrazaba y derribaba por el suelo enredado entre mis cinco patas, contada la cola. En eso estábamos cuando apareció el amo del perro de repente y se sorprendió mucho. Yo aproveché para correr hasta la mata cercana, donde me puse a observarlo. Él desapareció dentro de la casa y reapareció con un cambur, mi fruta preferida. Me lo alargó hasta la mata, yo lo tomé a la ligera y huí hacia los árboles cercanos.

Todos los días, en ausencia del amo del perro, bajaba a luchar y jugar con mi amigo. Cuando llegaba, siempre huía. El trataba de acercarse y yo de huir, hasta que esto se hizo un juego. Entonces jugábamos los tres. El hombre generalmente observaba muerto de risa mi lucha con el perro. Yo iba perfeccionando las tretas para sorprender a mi amigo en las sesiones de lucha: a veces movía la cola para distraerlo, mientras con mis manos lo atrapaba y trataba de derribarlo; otras: movía mis manos alternadamente ante sus ojos y en sentido contrario, para distraerlo en la mirada y poder entrarle de frente y lo agarraba por el cuello, tratando de derribarlo. Oía que el hombre reía y decía algo como así:

-¡Ese mono es más humano que yo!

Un día de tantos que jugaba con el perro, vino el hombre borracho. Ya no reía con nuestros juegos. Lloraba. Llamó al perro lo acarició y le dijo:

-Tú eres lo único que tengo en la vida. Nadie más me quiere. ¡Cuán solo me siento! - El perro le lamía las lágrimas. Sentí que sobraba en esa familia. Me alejé con el rabo entre las piernas, hacia el árbol más cercano. Yo también lloraba. Yo también sentía. Estaba solo en el mundo, sin compañía. No volví más.

Busqué la compañía de otros animales. Llegué a la casa de las palomas (así la llaman los humanos) pero se espantaron al no más llegar. Me dejaron como regalo sus huevos de los cuales me harté. Igual hicieron las gallinas (así las llamaban los humanos). Sus huevos eran más apetitosos y grandes. Esperándolas para darle las gracias por el regalo, vino el macho traicionero (gallo, lo llaman los humanos) y me embistió por detrás. Tremendo espuelazo me dio en pleno culo (así también lo llaman los humanos), me revolcó y más muerto que vivo me monté en la mata del patio. Me estaba recuperando de la estocada y mis chillidos (maldiciones, decimos nosotros) se oían en toda la cuadra, cuando vino el dueño y al ver el desastre de su palomar y gallinero montó en cólera, me dijo cosas intraducibles en el idioma monacal y fue a buscar una honda para perseguirme a pedradas por toda la cuadra. Una de las pedradas me acertó en plena costilla y (chillé) maldije a toda su generación. Esa noche llovió. Dormí apaleado, empapado y triste en la copa de mi árbol preferido. Sentí el llamado ancestral de mi selva, pero no conocía el camino de regreso y estaba aislado en una selva rodeado de calles y casas, con humanos por todas partes. Era un mundo al cual no pertenecía.

Conocí a una amiguita por casualidad. Estaba en la azotea estudiando. Yo, siempre curiosos, me acerqué a la rama cercana a observarla. Ella comenzó a llamarme y, debido a la desconfianza con los humanos, me acercaba cauteloso. Ella comprendió y se fue acercando lentamente. Yo huí. Pero al otro día volví y allí estaba otra vez con dulces, que es otra de mis debilidades. Me los ofreció, los tomé y me los comí. Ella me observaba y yo a ella. Me tendió la mano y yo le tendí la mía. Bajé y nos pusimos a jugar. Caminábamos agarrados de la mano, como dos buenos amigos.

De ahí en adelante siempre nos veíamos todas las tardes a la misma hora. Jugábamos, me acariciaba y le correspondía con saltos hacia atrás y chillidos de agradecimiento. Por experiencia aprendí que los humanos cuando están pequeños son buena gente y cuando están grandes pierden su inocencia y se vuelven malos. Aunque hay algunos que parecieran todo el tiempo niños y que nunca maduraran.

Estaba en el patio del cazador que me trajo de la selva. Había una mata de coco (así la llaman los humanos), que no existe en mis montañas originales. Al ver ese fruto tan grande y apetitoso comencé a arrancarlo. Abajo, en un chinchorro, dormía el hijo mayor del cazador. Desprendí el coco que se me escapó de las manos. Pasó rozando la cabeza del muchacho. Desde ese día me odió y me persiguió por toda la manzana, primero con su honda para tirarme piedras y luego con una báculo y si no es por la intervención de unos vecinos, quizás me hubiese cazado. Entonces todos los vecinos se enfrentaron y unos querían agarrarme para reenviarme a mi selva natal. Otros querían simplemente matarme. Otros se ofrecían cuidarme para siempre, pero enjaulado. De todos modos mi intención era mantenerme libre en este bosque-jaula.

Así de palo en palo y de rama en rama, de solar en solar y de casa en casa, fui conociendo mi nuevo mundo y su gente. Aprendí a querer a unos y a odiar a los demás. El comportamiento de los humanos hacia mí dependía de su carácter y estado de ánimo. Variaban desde los eternamente dichosos y alegres, hasta los siempre amargados y huraños. En la casa de “los alegres” siempre alegres festeaban y bebían hasta el amanecer todos los días, casi. Cuando se emborrachaban, cantaban y bailaban. A veces también lloraban. Yo a veces participaba de sus algarabías desde la copa de un árbol con mis chillidos y gritos, al compás de la música. Todos eran buena gente y jamás me maltrataron. Había también quienes se preocupaban por mi mala suerte. Era una pareja de jóvenes. Pasaba por su solar a saludarlos con frecuencia y los oía comentar:

- “Pobre monito. Tan lejos de su hábitat. Si pudiésemos hacer algo por él. Si al menos le consiguiésemos una monita. Pero entonces serían dos los desgraciados” – eran sus comentarios.

-“Nosotros los conservacionistas debemos hacer algo... ¿pero qué? En el Zoológico viviría peor. ¡Quien cometería ese crimen de traer ese pobre animalito hasta este lugar, horrible para él!”- decían.

Era verdad. Pero yo no conocía el camino de regreso hacia mis orígenes. Hasta ahora había sobrevivido a la convivencia humana. Los que me odiaban era gente amargada, carentes del sentido del humor, a quienes hacía travesuras sin querer hacer el mal, concepto que en mí no tenía sentido. No me habían matado porque otros se oponían y además, por causas que desconozco, no tenían escopetas. Pero sí poseían las temerosas hondas. Quería explicarles a estos señores que yo no vine aquí por mi propia voluntad. A mí me trajeron. Que lo único que deseo es volver a mi selva, con mis iguales, con una compañera que me estará esperando, a gozar de espacio y libertad. Aquí yo estorbo y ellos me maltratan. Aunque somos familiares cercanos, somos diferentes. En mí no cabe la intolerancia, la envidia y el vicio que hasta ahora he visto entre ellos. Muchos de ellos se parecen a mí en el aspecto y otros en la actitud. No soy de su mundo ni ellos del mío. Y se que no tengo salida.

Ayer me echaron agua caliente y me quemaron la cola. A lo mejor se infecte y muera. Todavía estoy tembloroso y sufro de espasmos de dolor debido al corrientazo que me descargó el cable pelado que pusieron a propósito. Lo confundí con un bejuco. Desde este árbol, veo la caída fatal como cuando caía de otro árbol, esta vez sin el abrazo final de mi madre moribunda.

